

DIARIO DE MURCIA.

PERIODICO DE TODO.

MENOS POLITICA Y RELIGION.

Sale todos los días, excepto los Lunes.—Se suscribe en Murcia, en la librería de Carles Palacios á 6 rs. cada mes y 8 fuera franco de porte.—Los anuncios se insertarán á medio real por línea.

Sobre el arte de olvidar.

Si es necesario el arte de fortificar y de facilitar la memoria, no parece menos importante el de olvidar las cosas que se saben. Ciceron dice que se presentó á Temistocles uno de los que pretendían poseer una nueva disciplina, que consistía en acrecentar la memoria, por cuya razón se la llamaba *memoria artificial*; pero este grande hombre le respondió, que apreciaria mucho mas una lógica que le enseñase el arte de borrar de su imaginación todo aquello de que no quisiese acordarse. Por lo mismo es de muy estrañar, que desde que se cultiva la parte de la dialecta que enseña el modo de aliviar la memoria, nadie se haya ocupado en hacer ver el arte de ol-

vidar, ó á lo menos en demostrar su utilidad. Estas inquisiciones son á la verdad tan abstractas, que abusaría de la paciencia de mis lectores, si las espusiese aquí. Por otra parte, no puede dudarse de la posibilidad de hallar un método propio para destruir la memoria de las cosas que no queremos saber. Del mismo modo que estamos continuamente espuestos á olvidar lo que quisiéramos conservar, del mismo es preciso que existan ciertas leyes en la naturaleza que produzcan el fenómeno del olvido. Yo se que no está en nuestro poder el acordarnos de las cosas que quisiéramos tener presentes (1), y que es-

(1) De esto se haya un ejemplo curioso en lo que dice Séneca el Retórico de sí mismo; á saber, que mientras estaba ocupado en compilar las oraciones que habia oido recitar á los mejores oradores, muchas veces

to depende siempre de las ideas anteriores y del estado actual del cerebro; pero como no puede negarse que hay principios por los cuales se consigue el clarificar mejor las ideas, no me queda duda en que tambien podrian hallarse reglas para facilitar el olvido. Si me fuese permitido entregarme aquí al ecsamen de si es ó no posible una hipótesis, me ocuparia, por una especie de chanza filosófica, en considerar si es verosimil la opinion de Descartes en el caso presente. Este filósofo pretende en su famoso método, si no me engaño, que si hay algunos medios para aumentar las facultades del entendimiento humano, no se han de llegar á

se acordaba de lo que menos queria acordarse, al paso que no se podia acordar de lo que le hubiera sido mas útil.

FOLETTIN.

La piedra de toque,

POR

Estevan Enault.

(Continuacion.)

La habitacion carecia de comodidades, pero en cambio, el pais era pintoresco, delicioso, lleno de verdura, de gracia y encanto. Julieta amaba aquel sitio, por que era la residencia favorita de su anciano esposo.

Allí no la consumia la soledad; por que nunca le faltaban visitas, tanto de los castillos circunvecinos como de la capital misma. Croisil, Desmarest y Norval asistian

con una asiduidad egemplar; y llegaban tan á punto uno tras otro, que parecia que se citaban á una misma hora. En la época de la caza se reunian, y como eran personas de perfecta educacion, se daban mil testimonios de la mas franca amistad, al menos en apariencia. Un dia pues, que los tres venian de dar una batida por las inmediaciones, la conversacion, despues de divagar en asuntos de puro desinterés, recayó sobre su encantadora huésped, ensalzando cada uno á su manera sus gracias, su belleza, su talento: era quizá la primera vez que abordaban resueltamente esta cuestion.

—Pardiez! dijo Croisil, parándose de repente en medio de la senda por donde iban, y apoyándose en el cañon de su escopeta,

seamos francos, caballeros, confesemos con ingenuidad que somos tres cazadores tras una misma pista: todos tres buscamos á la Señorita de Davenel.

—Á que confesarlo? dijo Desmarest, parándose tambien; está tan claro como el día, somos rivales.

—En cuanto á mí, dijo Norval imitando á sus dos compañeros, esa union es mi única esperanza, y moriria antes que renunciar á ella.

—Por vida mia! replicó Croisil soariendo; esto es casi una provocacion: eso es de mal tono, amigo mio.

—Croisil tiene razon, dijo Desmarest. El amor no es un palenque donde se combate con espada en mano; es un teatro donde la belleza corona, no al que mejor